

De Lezo a Fuenterrabía A lo largo del Jaizkibel

Sigamos por la carretera que conduce a la aldea de Lezo. Dejemos detrás el pueblo progresista de Pasajes Ancho frente a sus poblados hermanos de San Juan y San Pedro, las trepidantes fábricas de Capuchinos y Rentería, que invaden los dominios de Lezo, asentado al pie del monte Jaizkibel junto al brazo de mar que sube por el bocal de la bahía de Pasajes, que semeja un lago.

Una montaña rusa nos conduce a la antigua «Universidad» de Lezo, anunciada desde largo trecho por la masa del templo parroquial de San Juan con torres aspilleradas y la torrecilla de la Basílica, acurrucada entre tejados como tímida paloma en la copa de un hayal.

El pueblo se compone de tres calles principales y algunas callejas lamidas por el mar. Unas escaleras de piedra se dirigen a la atrayente explanada donde se yergue la iglesia de San Juan. En la plaza se alza el célebre Santuario en que se venera desde tiempo inmemorial la legendaria imagen milagrosa del Santo Cristo, y una Casa Concejil blasonada entre edificios de mucho carácter.

No se conoce a ciencia cierta la procedencia de esa imagen tan venerada. Algunos creyeron que el agua la depositaría en la orilla o que navegantes locales la encontrarían flotando en el mar; otros atribuyen su origen a San León, apóstol de los Vascos, martirizado en las inmediaciones de Bayona por los piratas normandos, quien la donó hace mil años a la población de este lugar. Lo cierto es que esta interesante escultura es de remota antigüedad.

Antaño era tan general la devoción al Santo Cristo de Lezo y se veían tan concurridas sus fiestas patronales, en el mes de septiembre, que un viajero declara hace sesenta años haber presenciado congregarse en ellas hasta unas treinta mil personas, acudidas de todas las comarcas vecinas.

Varias casas de aleros labrados o con la fachada carcomida por el salitre, ostentan hermosas piedras de armas en el frontispicio. En una observamos los atributos del navegante, el reloj de arena y el compás, en otra el monograma de Jesús en perfecto estado de conservación. Al lado de un escudo de heráldicos cuarteles, cuelga un rosario de ajos y pimientos.

Desde René Bazin en su visita a Guipúzcoa, hasta el último turista, adivina que esas poblaciones campesinas que muestran encima de sus puertas armas en relieve, de las que surgen cascos empuñados y escudos, no despiertan idea de riqueza o de poderío, sino que se tuvo por un momento el gusto y la suerte precisos para producir esos ídolos. Pero entonces, como hoy, el olor a heno se sentía en los umbrales junto al establo donde el aire es tibio y campesino; las gallinas picoteaban los huertos; las ropas se secaban colgadas en largos balcones de madera; los bueyes saldrían en parejas por puertas en arco de medio punto. Hoy no se comprende que gentes con la holgura y posición que esto supone, construyeran sus palacios en los modestos lugares guipuzcoanos, pero en aquella época las familias no emigraban y cada una se perpetuaba en los mismos sitios de su origen.



La cumbre del Jaizkibel; al fondo las Peñas de Aya (Oyarzun)
(Foto Ojanguren)

Cruzando la plaza de Lezo seguimos la dirección de la carretera hasta un camino que se inicia a mano izquierda para conducirnos al lomo del Jaizkibel, cuyo punto más elevado es la llamada Torre de San Enrique (543 m.), uno de los tres torreones que coronan otras tantas de sus cresterías, utilizados en las contiendas carlistas del siglo próximo pasado como sitios estratégicos para la instalación de telégrafos de señales.

Este espinazo del Jaizkibel, último macizo de la cadena pirenaica junto al mar Cantábrico, que comienza en la entrada de la bahía de Pasajes y termina en la embocadura del Bidasoa, se recorre con bastante facilidad y es lugar predilecto de nuestros «mendigoizales». Dos dólmenes quedan señalados en sus alturas. Los interesantes panoramas que se divisan durante su recorrido alcanzan sobre el Golfo de Vizcaya por el O. hasta el Cabo Machichaco y por el E. hasta el Faro de Biarritz y la Costa gascona, quedando ilimitados al N. por la inmensidad del Océano y al S. por las ingentes montañas de Oyarzun y Navarra. Al pie de la extensión del monte yacen los valles verdequeantes de caserías risueñas, los poblados de Pasajes, Rentería, Lezo, Irún y Fuenterrabía, el curso del Bidasoa y la tierra hermana de Laburdi.

En las últimas estribaciones de promontorio hacia el E. se alza el Santuario de la Virgen de Guadalupe, que tiene breve acceso por carretera desde Fuenterrabía y al que se dirige tanto turista en pos de su situación privilegiada. Al lado se halla el Fuerte que lleva el mismo nombre que el Santuario. Algo más adelante, junto al Faro de Iguer y el viejo Castillo de San Telmo, en la misma embocadura del río Bidasoa, el Jaizkibel se hunde en el mar cual enorme proa de fantástico navío, quedando el islote Amuko como los restos de un naufragio.

De esta ermita bajo la advocación de la Virgen de Guadalupe, que obtuvo desde antiguo gran devoción de las gentes del país, se hace mención en testamentos del siglo XV con legados para la conservación de su culto. El origen de esta imagen la atribuye una piadosa leyenda a dos pastores que atraídos por una luz inusitada, se vieron sorprendidos con el hallazgo de la escultura mariana. Se ha supuesto que procediera de la proa de algún navío que se denominaba Guadalupe, a causa de hallarse la imagen partida oblicuamente de medio cuerpo abajo.

Muy cerca del pequeño templo asoma en un bello pinar y dando espaldas al Océano el tradicional caserío conocido con el nombre de «Gustiz Ederra», escenario del argumento en que se funda una leyenda del siglo X, cuyos protagonistas fueron el monarca pirenaico don Sancho Abarca de Navarra y la primogénita de «Gustiz Ederra», de quienes pretenden descender los hijos de esta casa solar perteneciente a la jurisdicción de Fuenterrabía. Más allá del bosque de pinos blanquean como grandes copos de nieve los tupidos vellones de un rebaño de ovejas.

Hay en jurisdicción de Fuenterrabía varias ermitas, pequeños santuarios campesinos enclavados en las estribaciones del Jaizkibel. Consta que en 1611 se congregaban los montañeses y montañesas al son de «txistus» y tamboriles para celebrar sus akelarres junto a esas capillitas del jaizkibel y frente al castillete de San Telmo.

Antes de iniciar el descenso hacia Fuenterrabía, fijémonos por última vez en la hermosa vista panorámica que desde Guadalupe se extiende ante nuestros ojos. En último plano descuellan la montaña Larrun y la Peña de Aya con sus tres cimas; más cerca de nosotros San Marcial coronado por su ermita blanquecina, y en las sinuosidades del valle del Bidasoa, los poblados de Beobia, Irún, Fuenterrabía y La Marina, Endaya y Ondarraitz. Hacia el lado opuesto, quedan solitarios los abruptos acantilados del macizo, siendo lo más saliente de ellos la punta de la Turrulla; más al N. se encuentra la pequeña ensenada de Asabaratz. Hacia el oriente se divisa la banda de costa jurisdiccional francesa, y en dirección septentrional el Océano inmenso.

«MARTIN DE ANGUIOZAR»



Las ruinas de la cumbre de Jaizkibel, entre Pasajes San Juan y Fuenterrabía. (Foto Ojanguren)

